

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

DIRECTOR: JOSÉ ORTEGA MUNILLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MESONERO ROMANOS, NÚM. 31

12 DE FEBRERO DE 1894

PRECIO DE ESTE NÚMERO
10 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA

LAS TRAGEDIAS DEL MAR



A pique

Ayuntamiento de Madrid

LA INSPIRACIÓN

Temporada fatal estaba pasando el ilustre Fausto, el gran poeta. Por una serie de circunstancias engranadas con persistencia increíble, todo le salía mal, todo fallido, raquítico, como si en torno suyo se secasen los gérmenes y la tierra se esterilizase. Sin ser viejo de cuerpo, envejecía rápidamente su alma, deshojándose en triste otoñada sus amarillentas ilusiones. Lo que le abrumaba no era dolor, sino atonía de su ardorosa sensibilidad y de su imaginación fecunda.

Acababa de romper relaciones con una mujer á quien no amaba: aquello principió por una comedia sentimental, y duró entre una eternidad de tedio, el cansancio insufrible del actor que representa un papel antipático, que ya va olvidando de puro sabido, en un drama sin interés y sin literatura. Y no obstante, cuando la mujer mirada con tanta indiferencia le suplantó descaradamente y le hizo blanco de acerbas pullas que se repetían en los salones, Fausto sintió una de esas amarguras secas, irritantes, que ulceran el alma, y quedó, sin querer serlo confesar, descontento de sí, rebajado á sus propios ojos, saturado de un escepticismo vulgar y prosaico, embebido de la ingrata convicción de que su mente ya no volvería á crear obra de arte, ni su corazón á destilar sentimiento.

Sí; Fausto se imaginaba que no era poeta ya. Así como los místicos tienen horas en que la frialdad que advierten les induce á dudar de su propia fe, los artistas desfallecen en momentos dados, creyéndose impotentes, paralíticos, muertos. Recluido en su gabinete, Fausto llamaba á la musa; pero en vano brillaba la lámpara, ardía la chimenea, exhalaban perfume los jacintos y las violetas, susurraba la seda del cortinaje; la infiel no acudía á la cita, y Fausto, con la frente calenturienta apoyada en la palma de la mano—actitud familiar para todos los que han luchado á solas con el ángel rebelde,—no sentía fluir ni una gota del manantial delicioso: solo veía rocas negras, áridos arenales caldeados por el sol del desierto.

En aquellos momentos de agonía, su conciencia le acusaba, diciéndole que la decadencia del artista procedía del indiferentismo del hombre; que la poesía no acude á los páramos, sino á los oasis, y que si no podía volver á amar, tampoco podría volver á aparear versos—como quien unce parejas de corzas blancas al mismo carro de oro.—Las mujeres que le habían burlado y abandonado eran, sin duda, indignas de su amor; pero tampoco él—Fausto, el poeta, el soñador, el ave,—se había tomado el trabajo de quererlo inspirar, ni menos de sentirlo. El desierto no era el alma ajena, era su alma; quien solo ofrece al viajero llanuras candentes y peñascales yermos, no extraña que el viajero cansado no se siente á reposar, ni quiera dormir larga y dulce siesta, como la que se duerme á la sombra de las palmeras verdes, al lado del fresco pozo...

Paseábase Fausto una tarde de Setiembre, á pie, abatido y sin objeto, por una de las solitarias rondas madrileñas, y al pie de un solar cercado de tablas divisó grupos de gente que examinaba algo caído en el suelo, con muestras de vivísimo interés. Las cabezas se inclinaban, y del corro salían exclamaciones de lástima y admiración. Fausto iba á pasar sin hacer caso; pero una sensación indefinible de curiosidad cruel le empujó al remolino. Pensó que la realidad es madre de la poesía, y que á veces del incidente más vulgar salta la chispa generadora. No sin algún trabajo consiguió abrirse camino, y ya en primera fila, pudo ver lo que causaba el asombro de aquel gentío humilde.

Sobre la hierba enteca y misera que á duras penas brotaba del terreno arcilloso, yacía una mujer joven, de sorprendente belleza. La palidez de la muerte, y esa especie de misteriosa dignidad y calma que imprime á las facciones, la hacían semejante á perfectísimo busto de mármol, y el ligero vidriado de los árabes ojos no amenguaba su dulzura. El pelo, suelto, rodeaba como un cojín de terciopelo mate la faz, y la boca entreabierta dejaba ver los dientes de nácar entre los descoloridos y puros labios. No se distinguía herida alguna en el cuerpo de la joven, y sus ropas conservaban decente compostura. Estaba echada de lado. Una faja de lana unía su cintura á la de un mocetón feo y tosco, muerto también de un balazo que, entrando por el oído, había roto el cráneo. Sin duda, en la agonía de los dos enamorados, la faja debió de aflojarse, pues la mujer aparecía algo vuelta hacia la derecha, y el mozo á la izquierda, como desviándose de su compañera en el morir.

Con mezcla de piedad y de enojo, los albañiles, las lavanderas y los guardias de orden público comentaban el trágico suceso.—Tratábase de un doble suicidio, concertado de antemano y hasta anunciado por el bruto del mozo en una taberna la noche anterior.—La oposición de los padres de ella, las malas costumbres de él, y el haber

caído soldado, eran la causa. Ella no podía resignarse á la separación: ella misma, la mujer apasionada, había lanzado la terrible idea, acogida con fruición estúpida por el hombre celoso y feroz: morir, irse abrazados á donde Dios dispusiese; no apartarse ya nunca; desposarse en el ataúd, pese á quien pese... Sin dilación, adquirió él el revólver, y después de una mañana que pasaron juntos almorzando en un ventorro, los dos amantes se habían recogido al extraviado solar, donde arrollando primero la del mozo alrededor de ambas cinturas, ella había tendido con sublime confianza el seno izquierdo, sin que ni al sentir sobre el corazón el cañón del arma, se borrara de sus labios aquella sonrisa que aun conservaba fija en la boca, jaquella sonrisa que lucía los dientes de nácar por entre los descoloridos y puros labios!

Por la noche, al retirarse Fausto á su casa, percibió una fiebre singular que conocía de antemano, pues solía experimentarla cada vez que se renovaba su ser con afectos nunca sentidos. Semejante excitación nerviosa señalaba, como la manecilla del reloj, las horas, las etapas sucesivas de su vida moral. La alegría extremada, la pena vehemente é inconsolable se anunciaban igualmente para Aurelio con un desasosiego raro, una inquietud del corazón, que ya acelera sus latidos, ya se aquieta y desmaya hasta el síncope. Las horas nocturnas las contó desvelado en la cama: no podía apartar del pensamiento la imagen de la muchacha muerta; y mientras volvía á ver el solar, el corro de curiosos, el grupo trágico de los amantes que abrazados emprenden el viaje sin regreso, un bullir confuso de rimas, un surgir de estrofas incompletas, un rodar oceánico de versos sonoros ascendía de su corazón palpitante á su cerebro, y bajaba después, á manera de corriente impetuosa, á su mano impaciente ya de asir la pluma...

Lo más raro de todo era que Fausto, con la fantasía, enmendaba la plana al ciego destino. La hermosa niña que había recibido en el seno izquierdo la bala, no estaba enamorada del bárbaro y plebeyo borrachín, del perdulario soez que descansaba á su lado, y que la amarró con la faja antes de darla muerte. No: el predilecto de aquella mujer que sabía querer y morir; el que antes de asesinarla había aspirado el aliento de su boca de virgen, era Fausto, el poeta; Fausto, que por fin encontraba su ideal, y que al encontrarlo prefería dejar la tierra, sellando con el sello de lo irreparable tan magnífica pasión.

¿Quién duda que sólo Fausto, capaz de comprender el valor de la acción sublime, merecía haberla inspirado? Corrigiendo la estupidez de los hechos; despreciando la vana apariencia de lo real, Fausto recogía para sí la ardiente flor amorosa, la flor de sangre sembrada en el erial de la ronda madrileña. Él era el compañero de aquella muerta que sonreía; él era quien había apoyado el revólver sobre el impávido seno de la heroína, no sólo tranquila ante la muerte, sino prendada de la muerte que une eternamente, sin separación posible, á los que se quisieron con delirio... Y la sugestión fué tan fuerte, que Fausto arrojó las sábanas, encendió luz y empezó á emborronar papel...

Tal fué el origen del poema *Juntos*, el mejor timbre de gloria de Fausto, lo que consagrará ante la posteridad su nombre, porque *Juntos* es (lo afirma la crítica) una maravilla de sentimiento verdadero, y se comprende que está escrito con lágrimas vivas del poeta, que responde á penas y goces no fingidos, á algo que no se inventa, porque no puede inventarse.

Emilia PARDO BAZÁN.

REVISTA LITERARIA

DOLORES, poesías de Federico Balart.

También tiene sus alegrías este oficio humilde, y tantas veces enojoso, de escribir á jornal, ó poco menos, de los asuntos literarios del momento; porque se ofrece de vez en cuando al que tal profesión ejerce la dicha de alabar los productos del gran ingenio, tarea deliciosa para la cual no encuentran ocasión oportuna aquellos que, por razón de jerarquía retórica, leen los primores de sus contemporáneos, compatriotas y á veces amigos, sin poder mas que admirarlos en silencio, silencio muy digno, muy puesto en el orden y aun en el método, pero poco fecundo en satisfacciones para quien, seguramente, había de agradecer que le ensalzaran en público los hombres de provecho.

Yo, humilde revistero, me entrego con deleite á la dicha de alabar, no sin medida, pero casi diré sin tasa, el libro de Federico Balart, libro de poesías que al fin ha aparecido con el título triste y dulce de *Dolores*, nombre de muchas mujeres y apellido de todos los humanos.

El libro es nuevo; las poesías no; yo las he saboreado, si no todas, las más, á lo largo de estos últimos años, y no hace poco que vengo diciendo que Balart es un poeta, un muy buen poeta.

Ya que cierta frase mía corrió más de lo que yo quisiera, y tomada muy al pie de la letra, diré ahora que, si hace poco teníamos dos poetas y medio (y otras fracciones que andan por ahí), desde que *Dolores* aparece tenemos tres poetas, tres enteros, pues á Balart, poeta de la pena, de la que Ronse tuvo siervos, nada le falta para ser tan hijo de Apolo como cualquiera. Si en España no se ha perdido el gusto, si aun se sabe sentir, y distinguir el oro del oropel, será *Dolores* para nuestra poesía de este último décimo de siglo, lo que fueron, décadas atrás, *Los gritos del combate* y *Los pequeños poemas*.

No ha mucho, Balart nos decía: «He descubierto un poeta.» Y por acá se le contestaba: «Nosotros otro; le hemos descubierto á usted.»

En estos últimos tiempos ya fué secreto de muchos que Balart era poeta; pero, antes, recuerdo que cuando les íbamos con esa canción á los más, no comprendían. Hasta no faltaban maliciosos que pensaran: «Le hacen poeta para echarle de la crítica.»

Y aun se necesitará todo el mérito de *Dolores* para que se decidan á tenerle por poeta la multitud de los que aplican al talento el criterio de la Administración, en lo que toca á la incompatibilidad de cargos retribuidos por el Estado.

Balart empezó á ser poeta próximamente á la edad en que Cervantes empezaría á pensar en el *Quijote*. El *Quijote*, que también podría llamarse *Dolores*, es más que un libro contra los malos libros de caballerías, un libro contra las caballerías de la ilusión; peor que las *Sorgas* de Esplandian, salen allí las mentiras de la esperanza mundana. Libro así, sólo sabe escribirlos la experiencia; los de este género todos son realistas, y el autor casi siempre hombre maduro.—Para pensar que en los versos de Balart, porque éste peina canas, no hay frescura, hay que negarles frescura á las brisas de otoño.—Las grandes idealidades de las grandes religiones (¡y vaya si ha imaginado la humanidad religiosa!) fueron las más veces invención de hombres muy curtidos en las penas de la vida, de ancianos casi siempre. *Dolores* es, ante todo, un poema religioso escrito en elegías que alguna vez acaban en odas, como prueba el final sublime de *Ultra*.

No es la juventud la que suele soñar con los consuelos de ultratumba; al amor se le busca la trascendencia mística cuando se le despide, como á un sol, en el ocaso; ni más ni menos que cuando el sol se pone es cuando pensamos en las regiones que alumbrará más allá del horizonte.—En el horizonte no se repara al medio día, sino á la hora del crepúsculo, cuando se nos lleva el sol. Yo de mí sé decir que á estas horas pido á Dios que mis viejos ensueños amorosos me los tome ya á cuenta de oraciones.

Para Balart, el ocaso del amor fué la muerte.

La *Dolores* de Balart, sin profanación por ningún lado, es toda una Beatriz.—Sin la imitación más remota, á veces el poeta español se acerca al Dante.

«Por tí, por tí, la mano de Dios bendigo,
Que imparcial nos reparte premio y castigo:
Por tí me postro humilde bajo esa mano,
Por tí soy religioso, por tí cristiano.»

Y la mejor poesía, á mi entender, de todo el tomo, el soneto *Recuerdo*, es—tal pienso con toda sinceridad—digno de Alighieri:

«En mis brazos murió! Boca con boca
Bebí anhelante su postrer aliento,
Que aumentando por grados mi tormento,
Desde entonces el alma me sofoca.

Yo mismo la vestí. Mudo cual roca,
Sin lanzar un gemido ni un lamento,
Cumpliéndole un sagrado juramento,
Negro manto la puse y blanca toca.

Hoy, cuando la amargura me enloquece,
Una dulce visión de aspecto santo
Con hábito monjil se me aparece.

Compasiva me mira; y cuando el llanto
Mis párpados cansados humedece,
Las lágrimas me enjuga con su manto.»

Mucho tiempo hará que no se publica en España, ni fuera, que yo sepa, un libro de poesías líricas que tenga la preciosa unidad armónica que nos ofrece *Dolores*.—*Los gritos del combate* se acercan algo á esto; son algo más que asuntos varios bajo un nombre común, son una idea predominante; pero las composiciones del tomo, no todas, responden á la capital intención. En los *Trafegos* de Heredia, á pesar de la clásica selección, la unidad está solo en la intencionalidad artística... En *Dolores*, la unidad está en la forma y en el asunto. Pertenece este libro á esa gran lírica que conserva de la antigua épica lo que de ésta cabe que hoy subsista: es lo que se llama (bien ó mal, mal á mi juicio) el subjetivismo, lo lírico, que sale al paso á lo objetivo (exterior, épico), buscando y encon-

trando el armónico interés de lo que el poeta ve y siente á su modo, y de lo que todos vemos y sentimos. Se dirá: «de esa suerte es todo verdadero lirismo; como el poeta es hombre, todo lo humano que hay en él nos interesa.» Pero lo excepcional, lo alambicado, lo enfermizo de modo singular, lo que responde á un temperamento, no nos interesa, no nos importa del mismo modo, de esa manera armónica con lo épico, con el *alma general*, con lo que somos todos, que es la manera como no interesa el lirismo que toma por asunto lo que alguno ha llamado con desdén los *grandes lugares comunes*.

Los *grandes lugares comunes* son la inspiración principal de Dante, que se enamora, sobre todo, de la cosa más *objetiva* que cabe en lo moral, de lo más épico en lo psicológico, de un *dogma*; los *grandes lugares comunes* son la inspiración de Shakespeare; la inspiración de Goethe, no la de *Werther*, la del gran Goethe; la inspiración de Victor Hugo.—De otra manera es el lirismo de Lord Byron, allí donde, en efecto, es por modo lírico; de otro modo también el de Leopardi, el de Lecomte de Lisle, el de Baudelaire, por ejemplo.

Dolores no es revelación de un espíritu atormentado por penas inauditas, por inquietudes nuevas; el dolor de Balart es de los más *vulgares* en su causa, uno de esos dolores de que está llena todos los días la cuarta plana de *La Correspondencia*; un dolor de aquéllos que, según decía el ilustre italiano nonagenario que felicitó estos días á Núñez de Arce, le bastan á la humanidad para prueba, sin necesidad de ir á inventarlos nuevos la literatura y la filosofía. Pero al dolor le pasa lo que á la semilla de la parábola evangélica: según donde caiga produce ó no, y produce más ó menos, mejor ó peor fruto.

Balart nos advierte, desde el maravilloso prólogo, que tal es la condición de su pena; pena de todos, de cualquier, pena vulgar, pena antiquísima; Balart dice de su dolor lo que Herodoto oyó al sacerdote de Menfis. *¡Que niños sois!* esto es: no os creais alejados de los tiempos que llamais remotos, sois como los hombres de entonces todavía, padecéis lo que ellos...

«Desde que el mundo es mundo, con varios nombres,
Iguales desventuras llevan los hombres.
Ya Job llevó la carga que yo ahora llevo:
¡Bajo el cielo estrellado no hay nada nuevo!

Por que bajo el azote de suerte impía
Hoy sentimos lo mismo que Job sentía.

En placeres y penas, por varios modos,
Nada es tuyo ni mío; ¡todo es de todos!

No se pierden los ayes en el vacío:
¡Mi dolor siempre es tuyo, y el tuyo es mío!»

El que siga con atención la marcha de la literatura moderna, en general de todo el espíritu moderno, podrá apreciar en lo que vale esta naturalidad, esta confesión de dolores comunes, en tiempo en que hasta las medianías aspiran á la originalidad sospechosa de lo raro, de lo absolutamente nuevo, olvidando que, como dijo Carlyle, está lo original, no en lo inaudito, no en lo raro y desconocido, sino en lo sincero y en lo espontáneo. «*Singularitas*, escribía Tomás de Celano, *nihil aliud quam pulchrum proecipitiam est.*»

Preciso es confesar que tanto ha abusado la literatura moderna de lo alambicado y retorcido, que casi casi la sencillez y la naturalidad de la lírica podrían parecer un nuevo amaneramiento, quinta esencia de perversión *deliquesciente*, si se tratara de otro libro, de otro autor; en Balart, en *Dolores*, es absurdo tal reproche desde que se leen los primeros versos del prólogo. Aquí hay un corazón de veras que sangra sangre verdadera en la soledad de una tristeza que no espera ni admite consuelo humano. Porque téngase esto en cuenta: estos versos se escribieron, casi todos, tal vez todos, en la soledad y para la soledad; un interés social, la justa solicitud de los amigos, del mismo público, pudo, más adelante, cuando el ánimo del poeta empezó á reconciliarse con la vida ordinaria, conseguir que este tesoro de poesía, por una especie de *expropiación forzosa*, pasara al dominio eminente del Estado... del arte.

«Por más que tu mirada sobre él irradie
Para tí no se ha escrito.—¡Ni para nadie!

dice el poeta hablando al lector del libro; y bien se conoce en que el autor vuelve una y otra vez sobre el mismo objeto, sin temor de caer en la monotonía, de que sólo le salva la riqueza lírica de su dolor. Por tantas partes le punza el alma su desgracia, que su pena ofrece la variedad más artística de tormentos... y de consuelos ideales después. La pulcritud, la corrección, la eurytmia de los versos, modelos casi todos, no se crean tampoco argumento contra ese olvido del público con que se escribió todo ello. El verdadero poeta es como el verdadero hombre pulcro, que la mayor limpieza la guarda por lo que le toca más de cerca y no ha de ver nadie. El hacer romance en que los octosílabos no sean como quiera; el cui-

dar en todo metro de la misteriosa eurytmia esotérica, que no anda explicada en los tratados de poética, ni siquiera en los del sutil Benot; el atender siempre á la fuerza de la expresión, á la verdad y elegancia de la imagen, á la ley cierta de la gramática, es para un poeta bueno, verdadero, tan necesario en la soledad como en una *velada del Ateneo*.—Los versos de Balart se han escrito para la soledad de un poeta... que es crítico, y lo es muy severo para sí mismo.—Y no es esto todo: otras poesías, tan á *solas* fueron imaginadas, que no las escribió siquiera.

«Y aun á veces aplacan mis amarguras
Otras más misteriosas, otras más puras;
Canciones sin palabra, sin pensamiento
Vagas emanaciones del sentimiento;
Silencioso gemido de amor y pena
Que, en el fondo del pecho, *callado suena.*

Esas son las que endulzan mi amargo duelo;
Esas son las que el alma llaman al cielo;
Esas de mi esperanza fijan el polo,
¡Y esas son las que guardo para mí solo!»

No falta quien piense, después de reconocida la absoluta sinceridad de este lirismo, que son asunto de menor cuantía estas desgracias de familia, estas elegías á los cognados ó afines ó consortes.—Los grandes poetas, sin embargo, han sabido sentir con intensidad excepcional esta clase de penas y han sabido *poetizarlas* á lo divino. Pocos días hace leía yo ciertas cartas del delicadísimo Keats, que describía, con la poesía más acendrada, el estado de insoportable ansiedad y desconsuelo en que le había dejado la muerte... de un hermano, nada más que de un hermano. Tampoco pintó mal este dolor de *cognación*, aunque á lo realista, Edmundo de Goncourt en sus hermanos *Zemmigano*... Y nosotros debemos á una *desgracia de familia* una de las mejores poesías especiales del siglo XIX, no tan famosa como debiera. *El dolor de los dolores* de Aguilera, elegía más larga, en que se arrastra, como serpiente insidiosa, la pena que degenera en manía, en obsesión que atormenta... La hija de Aguilera, y *Dolores* de Balart, han sido dos nobles musas de la realidad á que debe nuestro Parnaso moderno dos de sus mejores joyas.

Y ahora, permitame el lector que deje lo que me falta que decir, que no es poco, para otro *lunes*.

De todas maneras había de presentarme con un *cuento* ó cosa por el estilo. ¿No será más *tolerable* si sigo hablando de Balart y de su hermoso libro?—No haya miedo que cosa tan interesante deje de ser una *actualidad* antes de ocho días

CLARÍN.

MADRID

—Esto ya no es Carnaval ni es ná—decía filosóficamente aquel borracho dándose de cabezadas contra las paredes del Gobierno civil.

Lo que dijo aquel testigo de mayor excepción es exacto: este no es ya Carnaval, sino una sucia y tristísima exhibición de andrajos que las autoridades deben barrer para el año próximo, acumulando los restos en otra parte. No han de conocerse la civilización y el progreso solamente en las conquistas de la inteligencia sobre la materia, sino también en esta otra conquista del sentido común sobre la invasora imbecilidad de los menos.

La prensa toda, con muy buen sentido, se ha puesto enfrente de la enorme molestia que supone el corte de Madrid en dos trozos, que quedan incomunicados, para que la fila de gansos disfrazados pasee libremente desde Colón á Neptuno; el servicio de tranvías, que es un servicio público, que es algo más, el derecho de todos al libre disfrute de la vía pública, queda interrumpido durante tres días, y cede ante el problemático derecho que se otorga á los citados gansos para ir y venir á su antojo por el mejor paseo central de Madrid. Antes de llegar Carnaval, y adelantándose á todos en exponer la idea, propuso mi ingenioso amigo Felipe Pérez que se señalase el Retiro como teatro único para el decadente Carnaval, y si cuando él lo dijo se hubiesen fijado las autoridades en ello, tal vez este mismo año hubiésemos tenido los anticarnavalistas la satisfacción de no codearnos por ahí con la estupidez humana disfrazada de esteras viejas.

Un alcalde—no recuerdo cual—se propuso de verdad acabar con la bestial costumbre de armar escándalo la víspera de Reyes, imponiendo una tasa elevada á los que se sintieran con aquella afición selvática. Nadie quiso *divertirse* mediante precio, y una costumbre de muchos años se perdió á gusto de todos por la fuerza de un simple bando. Con el Carnaval, más insoportable todavía,

debe hacerse algo igual. Si el Sr. Angulo—alcalde *vayos* aciertos podrán ser discutibles, pero de cuya buena voluntad y rectitud no duda nadie—está el próximo venidero Carnaval en la Casa de la Villa, puede publicar un bando cuyo articulado salvador debe ser este:

I.—Toda comparsa necesitará un permiso de circulación de *quinientas* pesetas. Las de cojos, ciegos y demás defectuosos, pagarán doble, en razón del lastimoso aspecto que las distingue de las demás.

II.—Las máscaras sueltas con disfraces aceptables y limpios se proveerán de un permiso de *doscientas cincuenta* pesetas. Las que para disfrazarse apelen á las esteras, felpudos, sacos viejos y colchas, serán retiradas de la vía pública y conducidas al vertedero de la Villa, como desagravio al estómago del transeunte sin disfraz.

III.—Se crea una *Sociedad persecutora de animales*, entendiéndose por tales los bipedos que se disfracen con el deliberado propósito de hacer el buey molestando á sus conciudadanos, para denunciar al juez de guardia las cabezas de aquel ganado que traspanen los límites de la conveniencia entrando á pastar en el coto del sentido común.

Con estos tres artículos consigue el Alcalde hacer pasar á la historia el Carnaval madrileño con aprobación de todo el mundo, excepto, naturalmente, la minoría comprendida en el bando. Pero si esto le parece mucho, acuértese al menos, para el año próximo, que la *fiesta* se celebre en el Retiro, ó, si puede ser, en las Ventas de Espíritu Santo, lugar adecuado para semejante estupendo mamarracho.

Es posible, y casi seguro, que sólo por haber nacido la idea de llevar el Carnaval al Retiro en los periódicos, no se haga caso de ella. Esta impotencia de la prensa para conseguir lo menos, contrasta con la sugestión que la letra impresa ejerce, en otro respecto, sobre la *soberana masa*. En los días mismos del Carnaval he hecho esta reflexión leyendo en todas partes el relato de la ejecución en París de un anarquista. La prensa francesa, sobre todo, vino llena de minuciosos detalles acerca de este particular poco interesante, y yo creo que esta atmósfera malsana de publicidad contribuye á sugestionar los cerebros mal equilibrados, haciéndoles desear la celebridad, sin importarles el camino con tal de llegar á ella.

Aquel Ravachol, que fué un perfecto bandido, hizo prosélitos con su muerte, más por la aureola de que imprudentemente se le rodeó por unos y otros, que porque fuera precursor de nada, ni depositario inspirado de doctrina alguna. Su ejemplo y su celebridad triste arrastraron al anarquista, hace poco ejecutado, menos criminal que aquel, y el de éste es posible que acabe por sugestionar á cualquier infeliz sin antecedentes penales con el ruido que se ha hecho en torno de su nombre, que yo no escribiré para dar modesto ejemplo de la conducta que, en mi opinión, debe seguirse en esto.

Mientras el espejismo de la aparición en letras de molde no traía consigo más que la exhibición en los periódicos de las vanidades de cuantos sólo alegaban como mérito para la publicidad el haber regresado de su excursión veraniega, el mal era soportable relativamente. Pero se trata ya de algo que toca al interés vital de todos, y sin ahondar en la discusión pendiente acerca de si anda el mundo bien ó mal arreglado—mal, positivamente,—puede creerse nociva la publicidad que se da á la propaganda por el hecho, como se llama con encantador eufemismo al atentado del Liceo, por ejemplo.

En su época calentaron muchas cabezas duras *noveles* como *Los siete niños de Eeija* y *Los bandidos de Creyillente*, echando al monte hombres deseosos de verse, andando el tiempo, en romances y entregas. Es un hecho histórico. Un periódico francés ha tenido días pasados la idea de abrir una información entre los novelistas para saber cómo creían que recibiría el público un folletín cuyo protagonista fuese una especie de Rocambole anarquista.

Todos los consultados, desde el sólido Zola hasta el inconsistente Richebourg, han opinado que una novela anarquista sería obra perturbadora y antiartística, renunciando todos á hacerla, aunque el trabajo fuese excepcionalmente productivo.

Pero el hecho es que si la novela no se hace en esta forma literaria, viene haciéndose en otra, y para el gran público, con lo cual el daño no se evita sino que se agrava con la sustitución del hecho imaginado por el hecho real, incomparablemente más sugestivo que la mejor de las ficciones novelescas.

Federico UREZETA.

EN ALTA MAR

Si el lector indiferente que examine el notable dibujo de Campuzano que va en primera plana, estudiara una vez cualquiera de las estadísticas de siniestros marítimos que publica el *Bureau Veritas*, se aterraria al conocer el número de naufragios que al año ocurren en todos los mares del globo.

Todas las minas de metales preciosos que encierran los continentes, y la riqueza inmensa creada por el esfuerzo del hombre civilizado, no representa casi nada al lado de la que el mar ha arrebatado de su superficie desde que el hombre construyó la primera embarcación.

El genio de éste ha ido conquistando poco á poco armas para luchar con las violencias del mar, y en muchas ocasiones le ha vencido; pero el mar toma su desquite muchas veces también. En una página admirable, expresa Amicis, contemplando la poderosa maquinaria de un trasatlántico, la imposibilidad de que el agua irritada en complicidad con el viento desencadenado maneje como una pajueta á aquel monstruo de acero.

Así es, sin embargo:

El vapor toma el largo; la fina proa abre surco profundo y espumoso en el agua; aquellos músculos de acero que describe Amicis son más fuertes que el mar, y estirándose y encogiéndose en el seno del buque llevan á éste como amo sobre las espaldas del esclavo. El hombre es el déspota.

Pero... en el horizonte asoma un punto, una nubecilla... nada. Pues aquel es el enemigo, déspota también á su vez. El punto se agranda, rodea el horizonte, escala poco á poco las alturas del cielo, sorbe al sol en su masa oscura; con él llega primero la brisa suave que apenas murmura en las jarcias, luego la racha que, cogiendo un costado, hace dar al buque un bandazo de sotavento, y por último el golpe furioso del vendaval.

El buque—y el hombre en él—se preparan para la lucha; los músculos de acero van y vienen con mayor energía; las escotillas se cierran para impedir el paso al enemigo, y los masteleros se calan para que el viento no haga presa en ellos; la cubierta queda desembarazada de obstáculos, porque todo puede estorbar para el combate con el agua, y cuando llega el primer asalto, la movible fortaleza de acero, que lleva dentro a fuerza de aquella agua convertida en vapor, está dispuesta.

El que esto escribe lo ha visto, parece como que los dos combatientes se miran, el uno con los dos escobenes, anchos agujeros que dan paso á las cadenas del ancla y parecen dos enormes ojos de buey que miran á la inmensidad amenazadora que tienen delante; el otro con el desgarrón hecho entre la nube por el viento.

El agua, como que se hincha por el esfuerzo desconocido que la levanta desde el fondo, como si dentro de él se despezase un gigante que habitara las anegadas soledades de la Atlántida; la ola no se abre ya ante el tajaman de la proa, empuja; no acaricia, asalta. Las primeras veces no llega, pero al fin sube espumosa é irritada, embarca por cima del bauprés, salta sobre las techumbres acristaladas y recias de las escotillas, entra por los pasillos de babor y estribor, y sale por la toldilla de popa. El barco se estremece de golpe, y se sacude de la amenaza escurriendo al enemigo por las portas abiertas y los agujeros de los imbornales.

Y esto dura mucho; el buque procura ser cogido de frente, y los músculos de acero, trabajando sin tregua en el cerrado espacio de la maquinaria, empujan con fuerza tan ciega como la que el mar emplea en esta lucha en que la Naturaleza es vencida por la inteligencia... ó la inteligencia vencida por la ciega fuerza de la Naturaleza.

En este caso, aquel prodigioso mecanismo de engr-

najes sabiamente dispuesto no es nada, se deshace pieza á pieza sobre la superficie tumultuosa de las aguas, y el hombre, fiando la vida á las embarcaciones menores, abandona el alcázar en que se creyó fuerte, y se entrega á las zozobras del azar, hasta dar sobre una playa accesible ó estrellarse contra los acantilados de una costa.

Pero estas angustias horribles no tienen más testigos que los actores mismos que intervienen en el drama. El relato del hecho, cuando el naufrago aborda á la costa, y hasta la hipótesis de lo que ha podido suceder cuando el mar ha sorbido buque y tripulantes, sin dejar de ello más memoria que los restos que sobrenadan sobre la superficie conmovida de las aguas, no son tan punzantes como el cuadro vivo que en esta plana misma tiene el lector ante los ojos.



¿Habrá muerto..?

El poderoso trasatlántico lleva consigo medios de lucha, es fuerte, es un adversario digno de su enemigo.

Pero hay otros luchadores que no van al combate con el enemigo provistos de otras armas que su bravura y su habilidad: los pescadores.

En los puertos del Norte—en Santander sobre todo—me he detenido muchas veces á lo largo del muelle, delante de un patache, ese barquito que Pereda ha descrito como nadie, no para ver cómo guisaba el ranchillo del patrón el chico de á bordo; sino para ver si me daba cuenta exacta del valor que se necesita para echarse á la mar sobre aquellas tablas, casi nunca nuevas, y con aquel velamen zurcido y recosido como harapo de mendigo.

Estos héroes humildes y oscuros son todavía menos héroes que los que van, como ellos, lejos de la costa sobre una trainera sin cubierta; el patache puede, al menos, cerrar sus escotillas y dejarse llevar como una boya á la deriva; la trainera, sin cubierta, tumada por una racha, no puede ser ni eso.

Por esto, cuando la galerna, caliente y bravia, pasa

viniendo del interior, y se extiende sobre el abierto mar, la playa se llena de gentes que saben lo que aquello es allá fuera: un desastre.

La galerna no se deja ver, no avisa; se echa de pronto sin una nube, con el sol en las tranquilas alturas del cielo; es un golpe á traición, una emboscada en la que caen casi todos los que sobre las traineras ganan rudamente el pan.

Y el regreso... ¡qué tristísimo regreso á la playa, poblada de mujeres que miran al mar con angustia, y de niños que lloran porque las ven llorar! ¡qué horrible recuento cuando llegan los que pueden y no contestan los que faltan!

Una trainera, quilla arriba, dice á las que esperan: —¡No volverán, no esperéis! Otra, con agua hasta los toletes, casi vacía, dice: —Faltan muchos; y en la playa, mientras la luz permite ver á lo lejos, los ojos buscan sobre las aguas, y los niños lloran y las mujeres llaman á los que faltan como si hubiesen de responderles...

También he visto esto muchas veces, y no sé, no sé qué cosa es más horrible, si el gran drama sobre la cubierta invadida de un trasatlántico, ó el punzante y doloroso de la playa después del latigazo de la galerna.

Gonzalo MARÍN

UN CASO

CUENTO VULGAR

Avivó el sabio la mortecina lumbre, y reclinándose perezosamente en el sillón, así empezó el relato:

Una noche, en la consuetudinaria tertulia del café, contáronme la historia. Indefinible angustia se apoderó de mí, acompañada de febril ajeteo de los nervios malditos; tornaba á molestarme cierta diátesis neuropática, latente desde ha tiempo, y manifestada siempre por desasosogado traqueteo de sienés, que allá, en el interior del cerebro, parece repercutir con ruido sordo y uniforme, cual la vibración sonolenta de una campana monstruosa.

Me despedí de la camarilla más temprano que de costumbre; no podía disimular más tiempo tal excitación... necesitaba verme á solas con el espantoso convencimiento.

El helado ambiente de la noche apenas refrescó la irritada cabeza, el desbarajuste seguía ó creo que aumentaba, y en esta situación llegué al nido. Elisilla dormía. Por impulso raro, instintivo sin duda, hube de fijar mis ojos en la frente de ella... al cabo de un minuto suspiré hondamente y comencé á desnudarme. El sueño ¡cosa rara! fué dulce, pacífico, nada de pesadillas. La mañana alumbróme más sereno; cada idea estaba en su lugar; los nervios calmados, y el traqueteo extinguido. Hallé consuelo en la inesperada tranquilidad que al mismo tiempo se me antojó augurio de algo inexplicable. Saludé á mi mujer con cierta reserva y me encerré en el estudio á examinar, aprovechando la renacida ráfaga de luz, el caso pañoso.

En la historia de Elisa existía una página abominable, escrita indudablemente antes de unirse á mí, en una época de total desamparo. De ese horrón nefasto bien pudiera haber sido culpable consciente ó sugestionado automático... ó en ella existía maldad ó solo pobreza de volun-

tad propia. Sin querer, mi temperamento analítico, mi causalidad, llevaronme á estudiar detenidamente el modo en que la falta se cometió, antes de emitir fallo alguno. ¡Bienhechora vuelta de la razón, por tan poco tiempo perdida, que tal generosidad me inculcaba!

Más aparte de estas zarandajas quedaba algo por conocer aún: el engaño horrendo de Elisa brindándome primicias immaculadas... ¡ella! ¡inmaculada! Y por un momento pareció tambalearse no se que parte de mí ser. Más luego volvió el orden, y, en un rayo de lucidez maravillosa, antojóseme, que si bien el engaño implicaba maldad, vulgarmente pensado, elevada más la razón, podía suponerse originado en una sed ciega de reivindicación que le impidió ver el daño que causaba... Tan peregrina me pareció esta idea, que no pude por menos de frotarme satisfechísimo las manos.

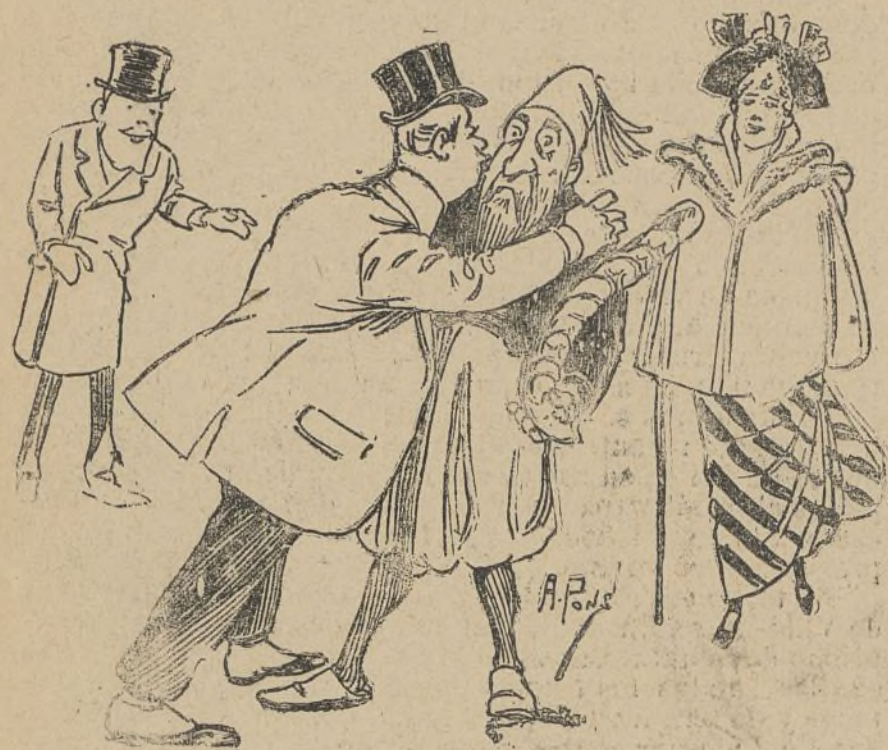
Así, pues, comencé el estudio. Éste, sólo podía hacerlo por medio de observaciones exteriores... Sentía grande repugnancia para provocar una declaración sincera. Preferí el examen minucioso, á hurtadillas, de los más diminutos detalles. En último caso apelaría al reconocimiento moderno de lo interior por la forma; á los signos fisiognómicos, invención curiosísima de algún patólogo extravagante.

Fué durante el sueño cuando principalmente me dedi-



El Domingo de Piñata

Ayuntamiento de Madrid



EN BROMA

Pasaron ya! los días venturosos de Carnestolendas.

Tras el desenfreno ha venido la calma, y la juventud recuerda hoy con profunda melancolía las noches pasadas en la Zarzuela, aspirando el perfume embriagador de las máscaras, entre las cuales había algunas que olían á cebolla y á fregadero.

Entre las máscaras del Prado había una que excitó la curiosidad del público con su traje de moro.

Llevaba en la mano derecha una pila de babuchas, y abusando del disfraz y de las preeminencias concedidas á nuestros distinguidos aliados por el Gobierno nacional, se acercaba á las señoras tratando de estrecharlas contra su corazón.

En la calle de Alcalá se puso á dirigir requiebros á una señora, y fué interrumpido en su tarea por el esposo de la aludida, que se lanzó al cuello del moro con ánimo de estrangularle.

—¡Jámetajá!—gritaba el fingido mahometano defendiéndose con las babuchas.

—¡Toma, toma!—decía el esposo, sacudiéndole puñetazos en la

nuca, hasta que el moro, maltrecho y abatido, acabó por quitarse la careta murmurando:

—¡Vaya un modo que tienen algunas personas de recibir á las máscaras! Yo creía que en Carnaval todo estaba permitido.

—Pues por eso—contestó el esposo iracundo, reemprendiendo la marcha, del brazo de su mujer.

El moro está hoy en la cama con varios chichones de pronóstico reservado y piensa entablar una reclamación cerca del Gobierno para que se le indemnice, en su calidad de mogrebino ahijado de Moret.



En el Ayuntamiento se discute con calor el interesante asunto de si la calle del Alamo ha de llamarse de «Chies» ó de «Muley-Hasan» ó de cualquier otro sujeto notable, más ó menos difunto.

Pero en el interin la policía urbana brilla por su ausencia, y hay hombre que sale de su casa vestido de limpio y choca con una sera de carbón ó con un baul mundo que conducen tranquilamente por la acera dos apreciables rifeños.

Podrá ser importantísimo eso de administrar á las calles el sacramento de la confirmación, y perpetuar de esta suerte el nombre de los difuntos famosos, pero bueno sería también que se nos protegiese á los vivos contra el natural abandono de nuestros tenientes de alcalde, que se pasan la vida decomisando panecillos y creen realizar con esta operación sencillísima todos sus deberes públicos y privados.

—Vaya un teniente alcalde el que tenemos en el distrito—decía un elector infeliz dirigiéndose á un amigo.

—¿Qué ha hecho?

—¿Qué? Pues decomisar siete panecillos largos y cinco libretas. ¡Qué hombre! ¡Qué patriota!...

Varios hijos de familia, olvidando las recomendaciones paternales, se lanzaron al placer sin cortapisas, y ahora sufren las consecuencias de su locura. Hay uno, periodista él que ha cogido una tos de perro ratonero, que da pena oírsele.

—¿Qué es eso, Manolo? ¿tienes moquillo?—le preguntan.

—No—contesta el pobre, en falsete.—Esto se lo debo al baile del Real, porque salí á la calle sofocado y me enfrí de pronto.

Era natural que así sucediese, porque el interesado salió del baile sudando á chorros, y antes de llegar á la Puer'a del Sol ya se había quitado las botinas. Nosotros le vimos sentado en la acera en lucha con una bota que no quería salir por más tirones que daba el bueno de Manolo.

—Señorito ¿se ha puesto V. malo?—le preguntó el sereno.

—No; es que se me ha hinchado el dedo gordo de la derecha—decía el pobre periodista exhalando ayes doloridos.

—No hay cosa mejor que usar el calzado ancho.

—Ya lo uso; pero estas botas no son mías.

—¿De quién son?

—Del administrador del periódico, que me las ha prestado para esta noche.

—¡Bueno anda el periodismo!—murmuró el sereno filosóficamente.

Luis TABOADA.



Alrededor del mundo

SUMARIO

La vida molecular en los diamantes.—Las piedras preciosas, masas enormemente activas.—Las batallas invisibles.—1893 arqueológico.—Tumbas gloriosas y ciudades desenterradas.—Los microbios y las hormigas.—Hormigas cultivadoras y hormigas bacteriológicas.

Estamos equivocados si creemos que el diamante es no más que una agregación de cristales inanimados; caemos igualmente en error figurándonos que las moléculas que lo componen carecen de vida, ó por lo menos de movimiento.

Los diamantes y las demás piedras preciosas son masas de átomos asombrosamente activos.

Si la sensibilidad de nuestra vista aumentase hasta ser algunos millones de veces más potente, veríamos que los átomos del diamante que forman la piedra perfecta cuando se agregan en suficientes miriadas, están cada uno de ellos en rápido y perpetuo movimiento del género más complejo. Cada molécula se agita vertiginosamente, choca de una manera incesante con las otras, retráese vibrando, vuelve á chocar y así continúa sin descanso, y con una velocidad de millones de choques por segundo.

La dureza y la impenetrabilidad, propiedades características del diamante, parecen á primera vista refutar la suposición de que ésta como las demás piedras, no es más que una agregación de partículas en rápido y continuo movimiento.

Pero es el caso, que esa impenetrabilidad y esa dureza son el resultado de una lucha entre las moléculas que componen el diamante y las que componen los otros cuerpos, el cristal, por ejemplo: las primeras tienen más vigor y se mueven más rápidamente que las segundas, y al apretar unas contra otras, las del cristal ceden ante las del diamante.

Así es, que al rayar un cristal provocamos una gran batalla, en que hay vencedores y vencidos, héroes y fugitivos, muertes y sacrificios. Sólo que todo, ello sucede en la región de lo infinitamente pequeño, á donde no alcanzan el esfuerzo de la vista humana, ni el ingenio de los instrumentos inventados por la ciencia. Cada diamante es un micro-cosmos, una estrella, un planeta, que brilla en fuerza de vida y que, luchando con los otros cuerpos, vence y los raya por la valentía y el vigor de los átomos que lo componen.

¿Es esto una fábula, una imaginación? Juzgue por sí mismo el lector: el autor de la teoría es nada menos que Sir Robert Ball, una de las eminencias científicas de Inglaterra.

El año de 1893 ha sido excelente para los arqueólogos, y constará entre los notables por la importancia de los descubrimientos que se han hecho en su transcurso.

En América surgen desde hace meses, en las llanuras del Colorado mejicano, gracias á grandes labores de desenterramiento, los restos enormes de una ciudad colosal, con avenidas de monolitos tan gruesos, tan altos, tan gigantes como los pilones de Tebas, la de las cien puertas, y con graderías de mármol cuyos escalones miden 76 metros de ancho, y que debían dar acceso á templos y á palacios de dimensiones colosales.

En las playas del Asia Menor, Doerpfeld, director del Instituto alemán de arqueología, y continuador de Schliemann, ha descubierto en la aldea de Isarlick los muros de una ciudadela cuyas piedras miden 16 pies de grueso, y que bien pudiera ser la Pérgamo de Priamo, de Hector, del hermoso Páris y de Helena la bellísima.

En Grecia, cerca de Laurium, la de las minas argentíferas, está saliendo á luz una ciudad entera sepultada por un desprendimiento colosal de tierras, como lo fueron Herculano y Pompeya por la lava del Vesubio; y los muros, las casas y las calles aparecen intactos.

En el mismo país de imperecederos recuerdos, Munter, inspector de los reales palacios de Atenas, ha descubierto al lado de un camino, en Menidi, una sepultura con dos sarcófagos de mármol y uno de piedra ordinaria, y hay motivos fundados para creer que uno de ellos contiene el esqueleto del gran poeta trágico Sófocles.

En la isla de Salamina, donde el año 480 de la era antigua Temistocles destruyó la armada persa y salvó á su patria de la invasión bárbara, han sido halladas cinco hileras de tumbas que contienen las osamentas de gloriosos defensores de la civilización helénica, madre de la nuestra.

No pueden quejarse del año 1893 los amantes de lo secular.

Los microbios han sido descubiertos por las hormigas antes que por el hombre, y en cualquiera hormiguero, hay Pasteurs y Ferrans á centenares.

Hay una clase de hormigas que se alimenta de hongos, y, previsora como todas las de su clase, no queriendo fiar su alimentación á las eventualidades del acaño, los cultiva, y ha conseguido crear una variedad especial, en ex-

trema rica en elementos nutritivos, y que se reproduce fácil y abundantemente. Estas hormigas tienen sus «huertos» á cubierto y bien resguardados de la luz, y abonan cuidadosamente la tierra llevando á ella hojas que pican con sus poderosas mandíbulas; así no falta á los hongos el alimento orgánico indispensable á su crecimiento y desarrollo.

El naturalista alemán Moller, que ha tenido en observación durante mucho tiempo en Blumenau varias colonias de esta clase de hormigas, quiso un día ver que tal andaban de saneamiento aquellos insectos tan maravillosos por su inteligencia. Cogió un poquito de tierra del «huerto» de las hormigas y la sembró en un caldo de cultivo del que usan los bacteriólogos: el resultado fué un cultivo perfectamente puro, libre por completo de microbios. Repitió el experimento varias veces y en todas ocurrió otro tanto. El cultivo de un poco de tierra de cualquier jardín ó huerto de hombres hubiera producido legiones de microbios á cual más peligroso: las hormigas no tienen ni uno en sus viviendas, ni en sus almacenes, ni en sus alimentos.

Han descubierto antes que nosotros no sólo la existencia, sino también el peligro de los microbios, y no dejan uno vivo á su alrededor.

WANDERER.

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

Achaque de todas las épocas han sido los apuros del Erario, y enfermedad crónica la de los déficits.

«La vuestra hacienda—decían las Cortes de Valladolid á D. Juan II—é destroida; no llegando la recepta á la data.»

El déficit de 1701 fué de 105.015.520 reales vellón, que entonces valían más que pesetas hoy.

En tiempo de los Reyes Católicos llegó á 112.500.000. En el de Felipe V á 272.560.610; en 1794 á 387.581.999; en 1795 á 572.400.706; en 1797 á 820.443.443, déficit superior á todos los que hemos conocido modernamente.

Desde Felipe V hasta Carlos III se llegó á deber á los empleados públicos un millón de reales en números redondos.

Una demostración de lo convenientes que han sido las leyes sanitarias, está en las pestes que desolaron á Barcelona, ciudad que desde el siglo XIV al XVI, comerciaba con todos los países orientales, sin existir cuarentenas.

De 1333 á 1396, hubo seis pestes; de 1408 á 1497, trece; de 1501 á 1598, ocho. La más terrible de todas fué la llamada peste negra de 1348, que duró más de ocho meses.

MADRID.—1894

Cromotipia y fotograbado de L. R. y C.ª, S. Bernardo, 69.

Tirado en máquina cromotípica rotativa Marinoni.

Imprenta de EL IMPARCIAL á cargo de Angel Garcia.